

importa por el contrario que la mujer sea realzada y ennoblecida, á fin de que su poder sobre el corazón del hombre consiga establecer esa dulce reciprocidad de bondad y de respeto, por ser la única fuente de la ventura que en la vida doméstica se goza! Véase, pues, como de la moral nace la libertad, esa necesidad suprema de la naturaleza humana. El pudor maldecido hasta entonces, hollado en las cortesanas, en las esclavas, y lo que es más, en las diosas, viene á ser el más hermoso ornamento de las mujeres, saben que hasta deben morir á trueque de conservarlo, y que alcanzarán galardón completo. Saben asimismo que, para adquirir méritos reales, no están obligadas á heroicas virtudes, sino á educar á sus hijos en las blandas virtudes que han de guiarlos al cielo.

A fin de que el hombre pueda aspirar en su terrenal destierro á la perfección, debe propender la iglesia á quebrantar los hierros, á derribar las tiranías nacidas de la costumbre de oprimir y de envilecerse, y la esclavitud que era la peor y la más universal de todas. Pero romper de pronto las cadenas, decir á los esclavos: «Sois libres é iguales á vuestros señores», hubiera sido una obra tan inconsiderada como si, para desecar un lago cuyas exhalaciones infestaran una ciudad, se quisiera romper los diques en el mismo instante: hasta la filosofía de nuestro siglo ha visto y vé aun donde ván á parar para esos súbitos trastornos. Cristo hace reformas y no revoluciones; derrama entre los esclavos una semilla que llegará á producir con el curso de los siglos lo que jamás hubiera producido ninguna de las doctrinas de los antiguos sabios, la libertad. Es llamado el esclavo con su dueño, ante el Dios de todos, á sentarse en la misma mesa; se le restituyen su personalidad y su conciencia; ha llegado á ser responsable de sus obras, sus pensamientos. San Pablo envía á su señor un esclavo fugitivo, si bien después de haberle bautizado, y le escribe: *No le recibas como esclavo, sino como hermano muy querido. Si me consideras como compañero, acógelo como me acogerías á mí mismo.*

Si continuó subsistiendo la esclavitud, culpa fué de los adversarios del cristianismo y de los tiempos; porque la religión nueva no podía primero obligar á abolirla á los voluptuosos ro-

manos, ni después á rudos conquistadores. A lo ménos la iglesia, ínterin termina, ofrece al esclavo, no solo el pan material, sino el del alma, la instrucción religiosa. Hace resonar cotidianamente una protesta contra la iniquidad inveterada; y en tanto que el esclavo llega á verse transformado en siervo, y asociado desde entonces al trabajo libre, donde quiera que la religión penetra, ya no se calcula con bárbara exactitud hasta qué punto pueden funcionar sin hacerse pedazos aquellas máquinas vivas. Determina ciertos días en que se consiente reposo al esclavo, días santificados por los consuelos de la plegaria y de la instrucción que el sacerdote distribuye á todos.

Con la esclavitud debía caer también la nobleza, fundada únicamente en la raza; pues aunque nada hayan dicho los antiguos por hallarse poco habituados á un análisis profundo, su *ingenuitas* consistía en definitiva, en descender de personas libres sin mezcla de esclavos ó de libertos, de donde resultaba que, no existiendo ya éstos, la distinción natural desaparecía.

Tales son las numerosas é importantes aplicaciones civiles producidas por esa doctrina llena de evidencia, en que los esclavos ven la libertad, los oprimidos la justicia, los pobres la caridad, los sabios la razón y la esperanza; doctrina cuya profundidad admiran los grandes talentos, cuya sencillez aman y acogen con solícito afán los pequeños.

Pero ¡cuánto debía prolongarse la lucha! Madurado habían los abusos y se habían incorporado en cierto modo á la sociedad al punto de no poder ser extirpados más que con ella. Sólo grandes esfuerzos podían llegar á reconciliar, á confundir la civilización y la religión, desunidas había largo tiempo. Al reino de Dios se oponían la fuerza, las preocupaciones y la misma índole del hombre, que no se había emancipado de la corrupción, aunque el Redentor le hubo prestado ayuda para regenerarse. Ved que han trascurrido diez y ocho siglos, y todavía baña la esclavitud extensas comarcas con sus sudores, aún subsiste la servidumbre feudal en países civilizados; se ha hundido la aristocracia de sangre, pero se ha elevado la que se funda en el dinero, y especula evidentemente con las lágrimas del pobre, computando lo que

es preciso darle, á fin de que sirva y muera sin rebelarse; una muchedumbre que há menester razón, industria, amor, permanece todavía descuidada; aún subsiste el desafío, como también la guerra y el poder material, que pretenden tiranizar lo que es del dominio del talento.

Pero Cristo no bajó entre los hombres para hacer desaparecer los males que constituyen su legado; vino para traer la caridad, bálsamo que los alivia y consuela. ¡La caridad! Virtud sin nombre entre los antiguos, considerada más bien como flaqueza, llega desde entonces á dulcificar inevitables miserias, á llorar con los que padecen, y á transformar las más crueles desgracias en ocasiones de mérito, en vínculos de fraternidad.

CAPITULO IV

Primeros tiempos del Cristianismo.

No bien fueron vivificados los apóstoles por el espíritu de consuelo, salieron por las calles de Jerusalem, hablando á la muchedumbre que había acudido á la fiesta de Pentecostés, y convirtieron á tres mil personas, número que debía aumentarse de día en día. Admitíase á los prosélitos á la oración dentro del templo, y al misterio eucarístico, á la comida en comunidad dentro de las casas. Todos rendían á Dios acciones de gracias con sencillez de corazón y con entusiasmo.

Esperaban los hebreos en el Mesías a un redentor terrestre, y los profetas se expresaron de tal modo, que incurriendo en este error hasta los mismo apóstoles pedían á Cristo empleos en su reino, y se escandalizaban á la idea de sus padecimientos. Bastaron á desengañarles los asombrosos hechos con que el Mesías señaló su venida; pero los judíos persistieron con obstinación culpable en un yerro digno de excusa sólo á primera vista. Así á la par que Judea, reconociendo el cumplimiento de las promesas divinas en un sentido más elevado y más fecundo, hubiera podido llegar á ser el punto de partida de la historia de las sociedades modernas, permanece al revés marcada con el signo de la reprobación y deja de operar su porvenir propio. Extinguida quedó la ciudad de la manifestación y de la paz desde el momento en que hubo desconocido el símbolo que explicaba;

pero los escombros del templo, cuyas piedras estaban cortadas y dispuestas misteriosamente, debían servir para levantar el admirable palacio del Dios eterno.

Al principio no se separaron los cristianos de los judíos, puesto que su religión no destruía la ley mosaica, sino que era al contrario su complemento; pero á fin de que se cumplieran las amenazas del Señor de dar á guardar á otros su viña, empezaron á perseguirles los mismos judíos. Pedro y Juan, que atraían cerca de sí á gran número de personas, curando á los ciegos, á los cojos, brindando el dón de la palabra á los mudos, son detenidos en la cárcel, prohibiéndoseles hablar de Cristo y decir que había resucitado. Pero declaran que deben obedecer más bien á Dios que á los hombres, regocijándose de ser blanco de ultrajes por Jesús y de sufrir en su nombre. Mientras bautizan en su calabozo, se elevan por ellos hasta el trono de Dios continuas plegarias, hasta el momento en que llega el ángel á libertarles de sus cadenas. Entonces el Sanhedrin se apresta á darles muerte; mas oponiéndose á ello Gamaliel, doctor de la ley, son azotados en medio de la asamblea, y queda la iglesia llena de edificación, sabiendo cuánto mérito atribuye su fundador á los padecimientos, á la resignación, á la esperanza.

Vivían los nuevos creyentes en santa armonía, y á fin de borrar entre ellos toda diferencia de fortuna, vendían en Jerusalem todo aquello de que eran poseedores, y luego llevaban á los apóstoles sus productos, para que los distribuyeran según las necesidades de cada uno, y para que nadie sufriese por causa de indigencia. Aunque no debía existir entre los miembros de la asociación diferencia alguna, las viudas de los hebreos obtenían en las distribuciones cotidianas de alimentos alguna preferencia sobre las de los helemitas ó extranjeros. Produjo esto desagrado, y en su consecuencia se nombró á siete diáconos de probidad reconocida, encargándoles no sólo distribuir el alimento temporal, sino también el cuerpo y la sangre, que después de la comida de los fieles se consagraba todos los días en memoria de Cristo.

Contábase entre el número de éstos Esteban, quien lleno de fuerza de alma y de la gra-

cia celeste, iba á discutir á las sinagogas, donde llegaban á estudiar judíos de todos los países. Cierta día encontró en una de ellas, que se componía de los que Pompeyo había llevado prisioneros á Roma y habían recuperado su libertad posteriormente, adversarios que acometieron la empresa de contradecirle. Estaban les demostró la divinidad de Cristo, y les probó que era realmente el Mesías anunciado por los profetas. Siéndoles imposible rebatirle con razones, le acusaron ante los tribunales de haber blasfemado de Dios y de Moisés; y como sostuvo la verdad intrépidamente, se echaron sobre él, le llevaron fuera de la ciudad y le apodrearón. Pidió á Dios al morir que les perdonase, y fué el primero que selló las palabras divinas con su sangre.

Santiago el menor, por sobrenombre el Justo, obispo de los fieles de Jerusalem no bebía vino ni licores, andaba con los pies desnudos, cubierto con un tosco manto, y á fuerza de ocar se habían hecho callosas sus rodillas como la piel de los camellos. Amán el gran sacerdote, le hizo subir al terrado del templo de Dios para interrogarle, y luego que los fariseos oyeron su profesión de fé le arrojaron abajo desde aquella altura. Ya Santiago el mayor había sido degollado.

¡Desventurada Jerusalem que mata á los profetas! Se acerca la hora en que las hijas de Sion han de llorar por el fruto de sus entrañas, y en que aquellas cuyo seno es fecundo envían á los pechos que no han amamantado nunca.

Perseguidos los fieles se derraman por Samaria y por toda la Judea, multiplicando el número de prosélitos. Fué el principal de ellos Saulo de Tarses en Cilicia, que habiendo nacido ciudadano romano, era de origen benjamita, y fariseo de creencia. Convertido al Evangelio, vino á ser su propagador más solícito después de figurar como el perseguidor más implacable. Sus epístolas desenvuelven la doctrina cristiana; rompe los lazos que unían á los nazarenos con la sinagoga, los eleva á la categoría de iglesia independiente, no circunscrita á un lugar determinado ni á límites de nacionalidad.

Después de haber sembrado el buen grano en Judea, quisieron los apóstoles llevar la bue-

na nueva á las naciones donde no se había mostrado Cristo. Antes de partir como corderos en medio de lobos, redactan su profesión de fé: entonces Pablo se dirige á Grecia; Pedro á Cesarea y Antioquia, ciudad principal del Asia, donde aplica por primera vez el nombre de cristianos á los judíos convertidos; Andrés visita á los escitas y vuelve por la Epira y Grecia; Tomás va á predicar á los partos, á los indios; Bartolomé á la Grande Armenia; Mateo á Etiopía; Judas á Arabia y á la Mesopotamia; Bernabé y Simón á Persia; Matías á Egipto y á Abisinia; de tal modo que *por toda la tierra resonó su palabra, y su voz retumbó hasta los confines del mundo*. Juan siguió á la Virgen María á Efeso. Felipe sufrió la muerte en Hierópolis de Frigia.

En el siglo del orgullo, aquellos grandes renovadores del mundo dejan que se ignore su camino; apenas se conoce el que siguieron Pedro y Pablo. Parte el primero de Antioquia para dirigirse á Roma. El pescador de Genezareth llega á la metrópoli del orbe, para establecer allí la sede de otra unidad, para oponer á las infamias de Mesalina y á las detestables atrocidades de Neron, la alta razón, la sublime verdad que perdona, instruye, consuela, y que sacrificándose por la humanidad, hace inútiles los demás sacrificios sangrientos. El odio de los romanos contra los judíos, y especialmente contra los recién convertidos, determinó á Claudio á expulsarlos y San Pedro hubo de volver entonces á Asia.

Comia en Antioquia con los fieles incircuncisos; pero habiendo llegado algunos judíos convertidos, se separó de los primeros para vivir con los otros. Reconvinó Pablo, diciéndole que aquello era atenerse demasiado á las figuras, debiendo caer éstas después de la aparición del figurado, y Pedro oyó con docilidad su advertencia. En seguida Pablo multiplicando las conversiones, entre las que merecen particular mención las de Timoteo y Lucas, médico de Antioquia, se dirigió á Atenas. Allí era el asilo de cuanto quedaba de la sabiduría y de las supersticiones de los griegos; tanto ciudadanos como extranjeros andaban siempre en busca de lo que había de nuevo. Pablo profesó la verdad ante la asamblea más venerada de la Grecia, y le hicieron burla algunos areopagitas; dijéronle

varios: *En otra ocasión te oiremos*; como si hubieran creído tener ocupaciones más importantes que Dios y el hombre, la redención y el pecado.

No le estorbaron hacer muchas conversiones la severidad de este tribunal, la indolencia del gran número, la burla de los epicúreos. En todas partes era venerada la Diana de Efeso, símbolo oriental de las potestades de la naturaleza. Su culto daba margen á una porción de supersticiones, y especialmente á la fabricación de amuletos y de talismanes, conocidos bajo el nombre de letras ó cartas ofensivas.

Pablo ordenó á los adeptos que como primer testimonio de su conservación le llevaran aquellos instrumentos mágicos con los libros de misterios, y aunque su valor ascendía á 50,000 dineros los entregó á las llamas. Esta acción y su resultado que fué quitar la costumbre de comprar, cual se hacía antes, figurillas y otras cosas referentes al culto de Diana, excitaron entre los artesanos que hacían este comercio una sedición que se apaciguó con gran trabajo.

A su regreso de Tiro á Jerusalem fué encarcelado Pablo, y como invocara el derecho de ciudadano romano, fué enviado á Roma con un soldado á que estaba encadenado según costumbre. Díósele la ciudad por cárcel á su llegada y convocó allí á los principales judíos; hallándoles sordos á sus exhortaciones declaró con voz amenazadora que atendida su repulsa recibirían los gentiles la palabra de gracia.

En el curso de dos años que permanece Pablo en Roma aguardando su juicio, aumenta el número de verdaderos creyentes; dirige cartas á las iglesias y á sus amigos para afianzarlos en la fé, para aclarar puntos de doctrina, para extirpar los disgustos y las supersticiones que en la pureza de la fé hubieran impreso mancha. Funda allí la verdadera teoría de los poderes, enseñando que Dios es la fuente de toda autoridad; prohíbe el divorcio que expone la existencia de las mujeres á una inestabilidad peligrosa, y elogia la continencia con tal de que no sea funesta á la salud. Al mismo tiempo cuida de manifestar que no vive á expensas de nadie, sino que gana lo que necesita con el trabajo de sus manos.

Así estas cartas revelan por una parte la

sublimidad de un talento lucido y vigoroso, cuyo vuelo y profundidad no secundaba en ocasiones suficientemente el mismo idioma griego; por otra la sencillez del hombre que recomendaba á Timoteo le llevara con sus libros el manto que se había dejado en la Troada. Lo más admirable de sus escritos es el fervor de la caridad, que le hace exclamar de este modo: «Si yo hablase lenguas de hombres y de ángeles y no tuviese caridad, sería como un metal que suena ó una campana que tañe; si tuviere profecía y supiere todos los misterios y toda la ciencia, y tuviere bastante fé para trasladar los montes, sin la caridad nada sería. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado y no tuviese caridad, no me aprovecharía nada. Aunque se hayan de abolir las profecías y de cesar las lenguas y de ser destruida la ciencia, sólo la caridad no fenecerá.»

Una tradición que se remonta á los primeros tiempos induce á creer que Pedro y Pablo sellaron su fé con el martirio en Roma el 29 de Junio del año 67, y que santificaron con su sangre la tierra con la de tantas víctimas mancillada.

Entre tanto cundía la luz poco á poco, sin que se apercibieran de ello los ojos del mundo, pero ganando siempre terreno y haciéndose sentir por las obras de caridad. Donde quiera que hubiese que enjugar llantos, que ilustrar á ignorantes, que consolar miserias, que infundir valor á almas caídas en desaliento, allí había un apóstol que, semejante al ángel de Dios, restituía la calma y desaparecía al punto, dejando á los que había proporcionado consuelo colmar de bendiciones á una religión que parece se ocupa sólo en las cosas del cielo y derrama tanta felicidad sobre la tierra. Nuevos eran del todo aquel afán solícito por la infima clase, maldecida y hollada por los doctos y por los poderosos; aquellos ancianos que iban predicando á todos la palabra santa, aquellos diáconos repartiendo á los mismos que les apedreaban abundantes limosnas; aquellos hombres piadosos apresurándose á acoger á los niños abandonados por sus padres, ó viciosos ó holgazanes, porque Cristo había dicho: *El que recibiere á un niño en mi nombre, á mí me recibe.*

Corinto, la ciudad del libertinaje legal, don-

de se prostituían á millares las jóvenes en honor de Venus, fué trasformada por las epístolas de los apóstoles y rayó en una perfeccion edificante. «¿Quién no aprecia, escribía San Clemente á los de aquella iglesia, vuestra firmeza en la fé, la moderacion cristiana de vuestra piedad, la magnificencia de vuestra hospitalidad, la perfeccion y la solidez de vuestra sabiduría? Todas vuestras obras han sido ejecutadas, sin excepcion de personas, comunicándoos con ellas segun la ley de Dios, insinuando á los mancebos la honestidad y la templanza, á las mujeres la pureza y la castidad de la conciencia, el amor á sus maridos, la sumision, la economía modesta. Humildes, más bien prontos á someteros que á someter á los demas, á dar que á recibir, contentos con lo que debeis á Dios, guardando su palabra, reinaba una dulce paz entre vosotros, así como el deseo de hacer bien con una voluntad recta y una santa confianza. Ocupados noche y dia en los intereses de vuestros hermanos, sinceros, inocentes, no conservando resentimiento por las injurias, llorais sobre los errores del prójimo como si fueran vuestros.»

De esta suerte estaba dirigido el rebaño por la voz y por el ejemplo de los apóstoles y de los obispos, dispuestos siempre á padecer sin exhalar una queja; porque Jesucristo no habia anunciado riquezas, poder, goces, sino que habia anunciado austeridades, persecuciones y predicado la obediencia.

Su virtud severa aparecía templada por una benevolencia afectuosa. Juan, el discípulo muy amado, el evangelista del amor, el desterrado de Patmos, habiendo encontrado á un joven dotado de excelentes disposiciones, se le recomendó á un obispo; pero éste le concedió una libertad demasiada lata, lo cual le hizo frecuentar malas compañías, y llegó hasta á acometer á los viajeros en los caminos. De vuelta Juan, pidió cuenta al obispo del precioso depósito que le habia confiado; y sabedor de que habia muerto, es decir, de que estaba perdida su alma, gemió con toda la amargura de su corazón; luego se dirigió al bosque infestado por las fechorías de aquellos infelices. Tan luego como aquel le hubo conocido apeló á la fuga; pero Juan siguió su huella, suplicándole no se escondiese de su anciano padre desarmado, y no halló re-

poso hasta que se le hubo unido y traídole á la senda de la virtud nuevamente.

Este mismo evangelista se divertía cierto dia con una perdiz domesticada, y como se asombrara un cazador de ver á un hombre tan venerable complacerse en aquel infantil juego, éste le dijo: *¿Por qué no tienes siempre tendido el arco que llevas en la mano?—Porque se rompería,* tuvo por respuesta.—*Esa es la razon,* repuso el santo, *de que yo dé algun solaz á mi espíritu para que resista mejor nuevas fatigas.*

Llegado á la caduca ancianidad, ya no podia predicar ni sostenerse; pero hacia que le llevasen á la iglesia, donde sólo pronunciaba estas palabras: *Hijos míos, amaos unos á otros;* y como sus oyentes le preguntaran por qué jamás les decia otra cosa: *Consiste,* respondió, *en que tal es el mandamiento de Dios, y en que basta con observarlo.*

Comunmente iban los cristianos vestidos de blanco, con telas ordinarias, sin pliegues tales, ni lujo de adornos, á fin de que el traje no tuviera más valor que el hombre. Por la necesidad y no por la sensualidad regulaban la medida de sus alimentos; nutrianse de mejor gana con pescado que con carne, con manjares crudos que con sustancias sazonadas. Sólo hacían una comida al ponerse el sol, ó á lo sumo quebrantaban el ayuno con un poco de pan por la mañana. Prohibíase á los jóvenes beber vino; era lícito á los viejos con cierta tasa. No se veía rico ajuar entre ellos, ni preciosa vagilla, ni instrumentos de música, ni perfumes. Durante la comida entonaban piadosos himnos, y desterrando las estrepitosas carcajadas, imperaba allí una gravedad modesta. Despues de la cena alababan á Dios, y luego iban á reposar sobre un duro lecho, donde abreviaban el sueño, á fin de prolongar la vida, levantándose muy temprano para cantar las alabanzas del Señor. Para ellos Dios no tenía figura, ni más nombres que el de *uno bueno, criador y padre.* Para rendirle homenaje, no necesitaban volverse hácia la montaña de Sion, ni hácia el Capitolio, sino que le hallaban en cualquier lugar y á todas horas, porque residía en su conciencia, y le tributaban veneracion en cada una de sus obras, y embebido en tanta grandeza y de continuo su pensamiento. No obstante, destinaban algunas horas especialmente á la plegaria,

recitando oraciones en pié, vuelto el rostro hácia Oriente, con la cabeza y las manos levantadas al cielo, y alzando al final un pié como viajeros prontos á abandonar la tierra.

Al principio hubo necesidad de que se esmeraran en esconderse, en apelar á las reuniones secretas, á los signos convencionales; en encerrar el viático en cajitas para llevarlo á los enfermos, á los presos, y á todos los que no podían salir á la calle; en servirse de letras y de signos para reconocerse. Consideraban la virginidad como el estado más perfecto. *En las enfermedades y una edad avanzada,* decían los viejos, *no hay cuidados comparables á los que uno recibe de su mujer y sus hijos. Amad el alma, y sin prestar al cuerpo más atencion que la de recordar que es una estatua, cuya belleza induce á pensar en el Criador.*

A la par que la especie humana, se hallaba restituida á su naturaleza, habia salido la mujer de la ultrajante nulidad antigua, llegando á ser igual al hombre por su comun origen, aunque continuara sometida por la diferencia de sus ocupaciones y de su destino. María, la elegida del Señor, santificaba su sexo; al pié de la cruz, habian aparecido piadosas mujeres; Cristo habia platicado con ellas, perdonándoles sus culpas. Mujeres seguían á los apóstoles para servirlos, como habian hecho con Jesucristo, Magdalena y las dos Marías. Amenudo se hace mencion de ellas en las epístolas y se les dirige el saludo de paz. Son admitidas en las asambleas, donde toman parte en la instruccion, en el sacrificio, en el ministerio. Poco despues fueron instituidas diaconisas, que debían de ser viudas, de sesenta años por lo ménos, de haber dado de mamar á sus hijos, ejercido la hospitalidad, lavado los piés á los viajeros, consolado á los afligidos, haberse mostrado siempre castas, sóbrias, fieles. Otras mujeres se afanaban por visitar á los presos, por llevarles en secreto el viático ó mensajes, por distribuir á los enfermos los dones de aquella piedad exclusiva de su sexo. Veíaseles socorrer á los mártires, besar sus heridas, presentarles una gota de agua durante sus padecimientos, recoger su sangre y sus huesos, luego que habian exhalado el postrer suspiro. Luego comparecían intrépidas ante los tribunales, desafiaban el orgullo de los jueces y la ingeniosa

crueldad de los tiranos, confiando su pura inocencia á aquel Dios que multiplicaba los milagros en favor suyo. En el martirio desmentían esa debilidad de que nuestra insultante adulacion forma el dulce atributo de su sexo; y poniéndose al nivel de los hombres en medio de los suplicios, merecían gozar de los mismos derechos, preparando de este modo á la mujer, á costa de su propia sangre, la igualdad que le estaba reservada en siglos de luces.

Tertuliano escribió dos libros sobre la hermosura y las galas de las mujeres, demostrando que el exceso de adornos sentaba mal á una mujer cristiana, y que ni brazos ni cuellos cargados de brazaletes y collares podían estar preparados á las cadenas y al filo de la cuchilla. En su tratado *Ad uxorem,* aparece la mujer de una manera muy distinta que en la sociedad pagana. Parte con su marido las ocupaciones, las creencias, la fé, como también la fortuna empleada en socorrer á hermanos menesterosos. La mujer convertida es una semilla que germina en el hogar doméstico; y si logra inclinar á su esposo á que la imite, inspira á sus hijos, á sus criados, nuevas ideas, nuevas admiraciones, nuevos deseos.

Posteriormente mujeres ascendidas á tronos debían convertir á naciones enteras; otras iban á consagrar sus riquezas á la fundacion de hospitales, á merecer la amistad y los elogios de los santos, como Albina y sus dos hijas, Marcela y Asela, Príncipia, su nieta, Paula, su amiga, que se hicieron dignas del afecto de San Jerónimo, igualmente que Paulina, Eustoquia, Lea y Fabiola, que vendió cuanto tenía para fundar el primer hospital que pudo oponer desde entonces Roma á los monumentos de prostitucion y de matanza.

Semejante al loto de las fábulas indianas, flotando sobre las aguas del diluvio y llevando los gérmenes del porvenir dentro de su seno, aparecía por encima de la inmensa corrupcion de Roma una iglesia que predicaba al Dios uno, bueno, muerto en la cruz, y la virtud de la resignacion y del perdón. En aquella Roma incestuosa y parricida, almas, que no era digno de poseer el mundo, vivían en otra vida, huyendo de la persecucion en el fondo de las cavernas hasta la hora en que eran llamadas á fecundar con su sangre el árbol de la regeneracion.

ración. En el Lacio, en las cercanías de las ciudades de Ostia, Veletri, Tibur, Prenesta y Palestrina, á lo largo de los sinuosos valles que desembocan en la llanura del Lacio, y al lado de las cuevas donde por las noches encerraban los señores á centenares de esclavos, abandonados allí á la promiscuidad y á la blasfemia, se encontraban otros antros donde la humanidad se regeneraba en medio de sollozos; antros hendidos en las mismas rocas que suministraban materiales para voluptuosas moradas. Dilatábanse serpenteando las catacumbas llamadas de Calígula, por debajo de tierra á una distancia de siete millas. Allí era donde los cristianos enterraban á sus muertos en nichos que tapiaban en seguida, encerrando allí los instrumentos de su suplicio, una ampolla con su sangre, insignias de su dignidad, y coronas para las vírgenes; también á veces se inscribía el nombre del difunto. Llamaban á aquellos asilos cementerios, es decir, dormitorios; expresión reveladora de una conciencia pura, consolada por la certidumbre de haber de despertar en otra vida.

En las vísperas de las solemnidades acudian alternativamente los piadosos levitas, para cantar las alabanzas del Señor, á aquellos subterráneos lugares durante toda la noche. Servía de norte aquella melodía sagrada á los fieles que, ocultándose de la ciudad y del *ergastulum* de inhumanos señores, acudian en secreto á buscar á sus hermanos, ya mutilados en el martirio, á obispos libertados milagrosamente de la hoguera, á filósofos transformados en apóstoles, que, habiendo encontrado al fin la solución de todas las dudas, se consagraban á llevar la verdad á las naciones rodeadas con la sombra de la muerte, y á testificarla sacrificando por ella su vida.

Hilaria, Flavia, Severina, Fermina, Justa, Ciriaca, tres Piscilas, diversas Lucinas, y otras muchas viudas transformadas en diaconisas, pasaban los días enteros orando sobre las sepulturas de los mártires que adornaban con la solicitud y secreto, empleado por otras en sus lascivos gabinetes. Madres venerables, santas vírgenes, expiaban la culpa de las que se prostituían en obsequio de las diosas, rogando á Dios asiduamente, socorriendo á los pobres y á cuantos experimentaban padecimientos. Cuando ya

no encontraba Vesta sacerdotisas que quisieran sacrificar su virginidad, una multitud de doncellas se brindaban á porfía á ser destinadas á la custodia de las sagradas osamentas.

Presidían la asamblea el obispo y el más anciano de los sacerdotes; mientras roía el egoísmo á la sociedad antigua mortalmente, sobraba lozanía en la nueva, donde se derivaba el amor del inagotable manantial de la fé. Para sus miembros la vida era un combate; la muerte, un premio de que debían hacerse merecedores. En los lugares dedicados al Señor desaparecían las inhumanas distinciones del siglo. Asentábase el rico junto al pobre, á quien nutria con sus beneficios. Vírgenes de la condición más humilde, cubierta la cabeza con velos de blanco lino, llevando al cuello la imágen del cordero que borra los pecados del mundo, cantaban y oraban con las matronas y las viudas de los senadores y de los procónsules, que despues de haber entregado todas sus riquezas á la asamblea de los fieles, distribuían, á falta de dinero, los socorros de la caridad. Todo el ornamento de aquel sitio consistía en el sepulcro de un mártir, en algunas flores, en algunos vasos de madera, en corto número de antorchas ó de lámparas para leer el Evangelio. Allí no se distinguían el obispo, el diácono, el sacerdote, es decir, el presidente, el anciano, el criado, sino por una virtud más emiiente, por su mayor caridad y ciencia, á fin de poder consolar y sufrir mejor, restablecer la paz, compadecer y divulgar la palabra.

Unidos en la misma moral, en la misma religión, en la misma esperanza, se reducía su conjuración á orar á Dios en comunidad y á leer las Santas Escrituras: Todo el que podía llevaba cada mes un poco de dinero para alimentar y dar sepultura á los pobres, para prestar socorros á los huérfanos, á los naufragos, á los desterrados, á los condenados á la última pena. Como hermanos se hallaban dispuestos á morir unos por otros; todo era comun, á excepción de las mujeres; llamábanse obras de caridad sus comidas, sentados á la mesa hacían circular los cálices de la sangre divina, luego consumaban la comida á gloria del que la da, amenizándola con el júbilo del perdón y del sacrificio en el seno de una fraternidad afectuosa.

CAPÍTULO V.

Galba. Oton. Vitelio.

Si el pueblo y el Senado se habían alegrado de la muerte de Neron, debieron quedar consternados al pensar en el modo con que acababa de ser elegido Galba. Podía, pues, designarse emperador fuera de Roma; este peligroso secreto acababa de ser revelado; residía de consiguiente en el ejército el poder supremo, y el despotismo, aristocrático hasta entonces por la elección del Senado, se hacía democrático por la elección de los soldados.

Servio Sulpicio había nacido en Terracina de una familia ilustre; rico y ambicioso, le habían anunciado el imperio una porción de presagios, y durante su pretura supo granjearse el cariño del pueblo, proporcionándole un espectáculo nuevo, el de elefantes bailando en la maroma. Nombrado para el mando de las tropas de Germania, restableció allí la disciplina. Fué amado por Claudio; luego se oscureció en tiempo de Neron lo mejor que pudo para no excitar sospechas. Como aguardaba á cada instante ser proscripto, nunca salía sin proveerse antes de una gruesa suma de dinero, para el caso de que tuviera que apelar de improviso á la fuga. Entre tanto le confió Neron el gobierno de la España Tarraconense, donde despues de haber hecho alarde en un principio de un rigor extremado, suavizóse en breve, ora por natural indolencia, ora por miedo.

Se hizo amar en esta provincia poniendo coto á las concusiones, y la prestó su apoyo cuando se rebeló contra Neron, á fin de dar al pueblo segun su dicho, el primero de los bienes, la libertad, que le había arrebatado un monstruo. Pero cuando Vindex se quitó la vida y cuando declaró Virginio quo no quería el imperio, ni sufrir que otro lo alcanzase sin beneplácito del Senado, viendo vacilante la fidelidad de sus tropas, se retiró á Clunia con intención de darse muerte.

A este tiempo sabe que Neron ya no existe, y súbito reviven sus esperanzas; toma el título de emperador (9 de Junio de 68) y luego se encamina á Roma con la muchedumbre de los que se inclinan ante el sol saliente. Pero comiienza bajo tristes auspicios su reinado, cas-

tigando á las ciudades y á los individuos que habían rehusado sostenerle en su rebeldía. Entre los rivales, que podían infundirle temores, le prestó obediencia Vespasiano, ocupado á la sazón en la guerra de Judea; Virginio Rufo rehusó el imperio que le habían ofrecido; solo Ninfidio Sabino, comandante de los pretorianos á quienes había ganado con sus liberalidades, recibió los homenajes del Senado, al cual dirigió graves reconvenções por haber enviado á Galba despachos sin haberlos autorizado con su sello. Aunque carecía del título de emperador, no por eso dejaba de ejercer la autoridad soberana, y hacia columbrar que si había caído el tirano, estaba en pié la tiranía. Mientras que senadores y patricios se agolpaban á porfía á su puerta, felicitándole por haber depuesto á Tigelino y salvado la patria, se conciliaba el afecto del pueblo, entregándole los amigos de Neron en espectáculo y para que les dieran muerte; no tardó en llevar el abuso del poder tan lejos que Maurisco, senador venerable llegó á decir en la curia: *Mucho temo que este nos induzca á echar de menos el gobierno de Neron*. Pero habiendo querido al poco tiempo Ninfidio sobornar á los soldados para que le proclamaran emperador, se arrojaron sobre su persona y le arrancaron la vida.

Hízose tanta matanza entre sus cómplices y parciales, que pudo bastar á los romanos de anuncio de que el dulce Galba no se apartaría de los sangrientos caminos. Al llegar al puente Milvio se le presenta un cuerpo de marinos, que Neron había organizado en legion, y solicita ser conservado. Galba se lo niega, se amotinan entonces, y manda que cargue sobre ellos la caballería. Siete mil mueren en la refriega y los demas son encarcelados. A esta ejecución siguieron otros muchos suplicios, y todos fueron decretados con fria indolencia. Como se le suplicase una vez que ahorrase á un caballero el baldon del suplicio, mandó que se pintara y adornara de flores el cadalso.

No obstante, Galba gozaba reputación de dulzura, pero le dominaba la indolencia, y si este defecto era tolerable en el hombre privado sus consecuencias tuvieron mucho de funestas cuando, ascendido al imperio, se dejó conducir á ciegas por Cornelio Laco, Marciano Icelo y Tito Vinio, á quienes llamaba el pueblo sus pe-